

Tras aquel primer bombardeo

TOMÁS ALCOVERRO - Bagdad. Enviado Especial

LA VANGUARDIA, 18.03.07

Aquella noche en la azotea del pequeño hotel Cedar contemplamos el primer bombardeo estadounidense sobre Bagdad. El ataque era inminente tras la expiración del ultimátum del presidente Bush que exigía la salida de la ciudad de Sadam Husein y sus hijos. El *rais*, vistiendo uniforme militar y no sus habituales trajes bien cortados, había aparecido antes en la televisión para prometer la victoria. "Esta batalla será la última de Iraq contra los viles tiranos y la última batalla que EE. UU. emprenda contra los árabes. Con la ayuda de Dios - concluyó-, nuestro enemigo será derrotado." El cierre de colegios y universidades en la vigilia del ultimátum corroboraba la esperada invasión. Los bagdadíes se encerraron en sus casas sin saber el tiempo que duraría la batalla. Los ministerios, las oficinas públicas quedaron desiertas. Cuando fui al Ministerio de Información para suplicar la prolongación de la acreditación de corresponsal, me dijo un funcionario: "Ahora ya no le hará falta".

No hubo la temida batalla de Bagdad calle tras calle. Cayó como fruta madura en manos de los soldados estadounidenses cuando el 9 abril de 2003 los marines, machacadas las últimas defensas antiaéreas, derrocaron la primera estatua de Sadam.

Cuatro años después no puedo desplazarme al hotel Cedar para evocar aquella jornada porque el barrio de Karrada, como otros barrios céntricos, se ha hecho muy peligroso. El miedo a los atentados, a los secuestros, a la violencia callejera ha aumentado desde el pasado año. La inseguridad es el primer problema diario de los habitantes de esta capital que va convirtiéndose en una ciudad medieval, con sus zonas compartimentadas y fortificadas, erizadas de hombres con armas y de muy difícil identificación.

Se ha llegado a un tal extremo de barbarie que se pone de manifiesto el fracaso de aniquilar al enemigo así como la incapacidad de identificar de dónde proceden tantas armas, quiénes son éstos, y cómo se puede distinguir el acto

terrorista de la operación de resistencia. Es obvio, por tanto, el sentimiento de impotencia que se percibe tanto en las autoridades estadounidenses como en los gobernantes locales.

Todo empezó con el gravísimo error del procónsul estadounidense Paul Bremer de dismantelar las fuerzas armadas del derrotado ejército, así como las milicias del partido Baas. Se estima que alrededor de un millón de iraquíes quedaron a la intemperie, dispuestos a vengarse y a empuñar las armas que seguían al alcance de sus manos. Estos hechos - los suníes desesperados y abandonados a su suerte, los miles de iraquíes curtidos en años de guerras desde la de Irán e Iraq de 1980 a 1988 a la de 1991 del presidente Bush padre, tras la invasión de Kuwait; y la profusión de armas escondidas- explican la tenaz resistencia de los insurrectos. Se ha calculado que serían necesarios veinte soldados por cada mil habitantes para pacificar Bagdad, que cuenta con una población de seis millones.

La exacerbación de esta guerrilla urbana es consecuencia de una interacción inextricable de la lucha iraquí contra la ocupación, de violencias sectarias entre suníes y chiíes, étnicas de kurdos y árabes, acciones terroristas de Al Qaeda, y sórdidas maquinaciones criminales de bandas de malhechores. Algunas de estas alianzas esporádicas se tejen y destejen a expensas de la población civil, de un Estado y de unas fuerzas armadas que apenas han podido establecerse a la sombra de la ocupación. Las estrategias de los combatientes se hacen flexibles.

Iraq se ha convertido en un campo de batalla propicio a toda suerte de injerencias de países vecinos que tratan de sacar provecho de su vacío de autoridad. En la reciente conferencia internacional de Bagdad los organizadores intentaron postular la unidad e integridad nacionales, pidiendo el fin de las injerencias extranjeras, especialmente de Irán y de Siria. Pero sus contradicciones son patentes porque, precisamente, este Gobierno, esta nueva república se han constituido gracias a la intervención estadounidense.

El conflicto de Iraq ha provocado una gravísima crisis internacional y ha fomentado la exportación del terrorismo. Hace cuatro años escribía: "Desde mi

hotel contemplo Bagdad, que no duerme en esta noche, la más dramática de su turbulenta historia contemporánea".